

La vez que pudo ser valiente

Cristhian Villegas Pintado



Capítulo 1

Atardecía y seguía sintiendo la mirada de la mujer. Él la había reconocido desde que la descubrió mirandolo atrevidamente. Sabía quién era y a lo que se dedicaba, por eso no la correspondía.

Frente al local, en el que terminaba de anotar las últimas entregas de productos a los caseríos, se prendían los faroles del parque del pueblo. De a poco la gente que había abarrotado el parque se dispersaba dejando tras de sí la amargura de la fiesta interrumpida. Pero no había de otra, la noche era peligrosa en el pueblo de Santa María de Nieva. Los cuatro cadáveres encontrados en la última semana eran prueba cabal de ello.

De reojo miró que la mujer se acercaba. Pese a que intentó ignorarla, la había visto bailar con varios hombres y beber profusamente. Sin embargo sus movimientos y gestos siempre iban dirigidos a él, y parecía que sus acompañantes la entendían. Fingió concentrarse aún más en su trabajo cuando escuchó su voz.

-¿Por qué seras así, precioso? No puedes ni disimular las ganas que me tienes.

-Por favor estoy terminando mi trabajo. Estas borracha y deberías ir a tu casa.

-Pero si me puedo quedar contigo, y no estoy para nada borracha. ¡Tengo buen aguante!

Aquello le sonó en doble sentido. Guardó el documento y cerró el excel. Luego, mirando siempre con fingido desdén a la mujer parada en el umbral del local, apagó su laptop y la guardó en su mochila. Afuera cada vez había menos gente en el parque y de la música que había sonado desde la mañana, cumbias y sanjuanitos, solo quedaba el canto desafinado de algunos borrachos que repetían los estribillos.

- Pero que poco caballeroso eres. Seras muy guapo y todo pero no sabes tratar a una mujer. Ni siquiera me has hecho pasar.

- Lo siento pero tengo que cerrar el local. Agradezco su interes pero tengo que descansar.

Su voz temblaba porque estaba absolutamente nervioso. Al peligro de la noche del pueblo se sumaba el peligro de esta hermosa mujer que lo asediaba. En otras ocasiones él la hubiera tomado sin remilgos pero conocía el veneno de la mujer; así que resistía, penosamente, pero

resistía.

- No temas precioso, estando conmigo ninguno de los nativos te haran nada. Yo los conozco suficientemente bien como para temerlos.- Y diciendo esto se adelantó y lentamente, sabiendose dueña de los nervios del hombre que seducía, cerró suavemente la puerta tras ella.

Él la vió actuar como hechizado. Era la mujer mas hermosa que había visto en el pueblo. Mucho mayor que él, estimaba que pasaba los cuarenta. Era el tipo de mujer madura con que ensueña comunmente todo veinteañero. Sintió una punzada en su interior, la misma punzada dolorosa que lo atormentaba desde que la conoció hace semanas atrás. Cómo una mujer como ella había venido a parar en estas tierras donde el crimen y la enfermedad pululaban. Triste y doloroso sentimiento que revivía mientras la observaba acercarse a su mesa de trabajo.

-Que tanto piensas precioso. Sabes que estoy loca por ti y que desde que te conozco no he estado con ningún otro hombre.

A su pesar la imaginó haciendo lo que decían que hacía y su mirada se enturbió. Ella debió advertirlo porque cambió de actitud y un aire de tristeza y tibia verguenza pasó por sus ojos.

-Sé lo que deben haberte contado de mí.- su voz sonó dolorosa - pero créeme que no elegí esa vida.

-No es eso. Eres muy guapa pero recién estoy haciendo mis prácticas y no quiero tener problemas en mi trabajo.

- Seguro que te han ido con el chisme pero te aseguro que estoy sana.- Al decir esta última parte su voz sonó enérgica e indignada. Él, convencido ya de que iba a ser bien difícil librarse de ella, le ofreció una silla y un cigarrillo. Tomó el encendedor de su bolsillo y se lo acercó.

- Sabía que eras un caballero.- El pudo ver el brillo de sus ojos verdes al reflejo del fuego. Ella dió una pitada mostrando los labios de una manera excesiva y otro fuego se encendió.

Afuera ya no se escuchaba ningún ruido. Había llegado la hora temida por todo el pueblo. Dentro de un rato seguramente comenzaría el sórdido espectáculo. Cuando comenzaron los crímenes él y sus compañeros estaban absolutamente indiferentes hasta que uno de los suyos fue la víctima. Los motivos eran una mezcla de odio racial, complejo, venganza o simplemente pillaraje. Ahí comprendió que todo lo que le habían contado las personas que estuvieron en el pueblo antes que él era cierto. Recordaba como había renegado que sus primeros trabajos de recién egresado de contaduría fueran en este caserío de la selva peruana. Sin embargo lo que más le asustó fue lo referente al sida. No sabía si eran

verdades médicas, mitos o simples prejuicios que los criollos tienen de los nativos, el hecho era que lo habían turbado y a pesar de su juventud había jurado no encamarse con ninguna mujer hasta que termine su labor. Reconocía, sin culpa, que era bastante fácil soportar este selvático celibato ya que las mujeres de esta zona no lo atraían. Sin embargo todo se complicó cuando conoció a esta mujer. La que ahora le tomaba el rostro y lo besaba por primera vez.

- Vez que también te mueres.- Dijo la mujer mientras lo volvía a besar y con la misma mano que sostenía el cigarrillo le buscaba la bragueta del pantalón. Él iba cediendo no solo a ella sino a todo lo que se había propuesto y sabía que tanteaba terreno pantanoso pero, humano al fin de cuentas, más fuerte era el abismo.

Unos gritos se escucharon afuera del local. Él reconoció claramente las voces y el lenguaje de los nativos. Como por encanto todo deseo sexual se perdió y el miedo se apoderó de él. La mujer había sufrido el mismo efecto pero, acostumbrada a lidiar con ellos, dio una profunda pitada a su cigarrillo y se tranquilizó. Sonaron unos golpes en la puerta y seguido el celular del joven contador vibró. Él había estado esperando este momento así que sabía lo que tenía que hacer, pero una cosa era imaginarse un momento y otra vivirlo. La mujer más tranquila que él fumaba pero en sus ojos había un imperceptible desasosiego. Lo vio responder a su celular y afirmar con la cabeza. Cortó la llamada y tomó algo del cajón de su mesa de trabajo. Mientras caminaba a la puerta, que parecía caerse a causa de los golpes de los nativos, ella vio la indecisión de sus pasos y el temblor de la mano del hombre por quien se moría. Se levantó y tirando el cigarrillo acercó al joven a sus labios. Lo besó y le acarició la frente.

- Yo lo solucionaré.- Le dijo sonriendo con seguridad. El joven contador jamás imaginó todo el valor que tuvo que reunir la mujer en esas palabras. Abrió la puerta y un grupo de nativos entró furibundo al local. La mujer había sido empujada sin contemplación y sin contemplación los nativos recogían los productos que el joven contador cuidaba en el almacén. Intentó tímidamente hacer un reclamo pero observó las innumerables lanzas y machetes que sostenían los nativos, así que solo atinó a observar con impaciencia.

Un hombre se acercó a él. Era de estatura pequeña, ancho de espaldas y a diferencia de los demás vestía de paisano. De piel cobriza sostenía una libreta y en su oreja derecha apuntaba un lápiz. El hombre lo miraba con descaro de arriba abajo y no disimulaba una mueca de asco en su boca. La mujer se acercó y éste la frenó con un gesto de su mano. Ella se quedó indecisa, clavada en su sitio y con los ojos inquietos.

- Plata y productos, blanquito.

Imposible ignorar el odio de su mirada. Algo sospechaba el joven contador. Ya había visto a este mismo hombre y su grupo exigiendo los pagos a los criollos o mestizos o a los mismos nativos que no compartían sus fechorías. Sin embargo este odio era nuevo, el causante era él.

- Muchacho guapo creerte.

A continuación dijo algo en su lenguaje awajún que él no entendió. Su confusión se disipó al observar a una joven mujer nativa acercarse y de repente todo el odio reposado en los ojos del hombre pequeño se desbordó.

Parado frente a él escuchaba los sonidos extraños salidos de la garganta desgarrada del hombre pequeño. Los gritos le sonaban extraños y en vez de asustarlo lo intranquilizaban. Sin embargo intuía el motivo. La jovencita awajún lo miraba con enojo y él la recordaba claramente. Luego de unos instantes el hombre pequeño llamó a la mujer que había estado todo ese rato como expectante. Estuvieron un rato charlando en el idioma nativo.

El joven contador mientras tanto observaba como los aguarunas veían obsesivamente a la mujer. Algunos cuchicheaban entre ellos y reían tocándose sin pudor sus bajos vientres. Afuera otros nativos envolvían las cosas sustraídas en sacos y los apilaban esperando alguna orden del jefe.

- Precioso - la mujer pensaba por sonar tranquila- el jefe dice que eres un demonio blanco que no respeta a las mujeres de su tribu. Esta jovencita es su hija y te odia por que no le hiciste caso. Y yo que pensaba que solo conmigo te portabas así.- Intento reír pero su risa sonó triste y dolorosa. Se le veía en los ojos que también tenía miedo.

Otro grito ininteligible profirió el hombre pequeño. Tanto se exaltó que en un momento empuñó su machete y al mismo tiempo los demás lo imitaron. La mujer se interpuso entre ellos y le suplicó en su lengua que no le hicieran nada. Todo estaba perdido. Él lo sabía. Su culpa era aun más grave. Un desprecio a una nativa era un desprecio a la raza que representaba. Sintió miedo. Intentó acordarse de su madre y de su novia, allá en Lima, y a punto estuvo de llorar.

De repente todo se calmó. El hombre pequeño pareció sonreír, la jovencita nativa salió contenta del almacén y los demás nativos se miraron extasiados.

La mujer giró su rostro. Lo observó con los ojos llorosos y la sonrisa más dulce y dolorosa que jamás volvió a ver en su vida y lo besó por última

vez. En aquel instante no comprendió el dolor de aquel beso. Aquella mujer parecía morir en sus brazos y él solo no entendía.

- Adios precioso.

El hombre pequeño la separó violentamente y entre todos la tomaron. Unos le tocaban el pelo, otro los pechos y los demás jugaban a disputarse sus encantos. Ella solo se dejaba llevar.

- Denle papitos denle- dijo un borracho que los observaba llevarse a la mujer.

Él se estaba quedando sólo en el almacén. Sólo y vivo. Ya nadie se percataba de él. Todos jugaban con la mujer que le había salvado la vida. La miraba irse entre aquellos hombres, sola e indefensa y el corazón se le desbocaba, se le agolpaba en el pecho. Pero no hizo nada. Le temblaban las manos y quería llorar. Aquel último "precioso" le dolía en el alma. Ella intentó mirarlo por última vez pero una mano enemiga se lo impidió.

El borracho siguió arengando a los nativos y él se sintió el cobarde más grande del mundo.